

Toda la comarca hablaba del hermano Bartolo, su nombre resonaba en los países mas lejanos entre los de los mas austeros penitentes.

Cuando murió legó su nombre á la cima en que, piadoso y anacoreta, llorando y rezando, habia visto transcurrir tantos años.

La tradicion ha descubierto despues quien era este austero penitente.

Contaríamos su historia si otra pluma mejor no se nos hubiese ya adelantado. Deseoso de apurar todos los medios posibles para averiguar circunstancias que pudieran suministrarle alguna luz sobre la vida del hermano Bartolo, el autor de esas líneas escribió á su jóven amiga Doña Amalia Fenollosa, célebre poetisa residente en su patria Castellon de la Plana, para que le dijera cuanto sobre el particular lograra investigar. La permanencia de la esclarecida poetisa cerca del *Desierto de las palmas*, y su amor á las tradiciones y á todo lo que pueda rozarse con la historia de su patria, le eran una especie de garantía del buen éxito.

La digna poetisa hizo mas de lo que el autor podia y osaba esperar. No le envió los apuntes, pero le remitió la tradicion escrita, y escrita ciertamente en muy bellos versos como todos los que han brotado de su galana pluma.

Atrévase á confiar el autor que los lectores de esta obra la leerán con gusto; en esta seguridad la ha reservado un lugar en sus páginas. Á mas, servirá por un momento de grata distraccion á la monotonía de su prosa.

Hela ahí:

## LA TORRE DE LA RENEGADA.

### I.

#### ALAOR.

A distancia no lejana  
De la pequeña Oropesa,  
Sobre el empinado cabo  
Que el nombre del pueblo lleva,  
Álzase ruinosa y triste,  
Pero imponente y soberbia,  
Una solitaria torre,  
Cuya posicion demuestra  
Haber sido en otro tiempo  
Vigia de la ribera.  
Nada de esto sin embargo

Hoy la tradicion nos cuenta,  
TORRE DE LA RENEGADA,  
Llamándola porque en ella  
Sucedió lo que dá márjen  
A su nombre y la leyenda.  
Nosotros que no queremos  
Del perfume que rodea  
Las crónicas populares  
Robar la preciosa esencia,  
Que á través de siglos varios  
En la mente se conservan

Del anciano que á sus hijos  
Con misterio las revela  
Cuando en el invierno crudo  
Al hogar chisporretea  
El tronco de dura encina,  
Y trabajan las doncellas  
Escuchando lo que todos  
Dirán despues á sus nietas,  
Referiremos el caso  
Con su anticuada pureza.

Érase del largo imperio,  
Del musulman en Iberia  
La época mas famosa:  
Su ley acataba Edeta,  
Y aunque el árbol de Sobrarbe  
A la jente aragonesa  
Hijos de Arista, les dió  
Su nativa independencia,  
Y los nietos de Wifredo  
Herederos de su fuerza  
En la condal Barcelona  
Tremolaban sus enseñas:  
Varias ciudades, bañadas  
Del Serabis é Idabeda  
Los sectarios de Mahoma  
Conservaban con fiereza.  
Segóbriga la romana  
Gentil se mostraba entre estas,  
Y cercana como muchas  
A las cristianas fronteras,  
De escaramuzas y choques  
Que las gentes agarenas  
Provocaban sin descanso  
Invadiendo ajena tierra,  
Era testigo mil veces,  
Cual de la bravura inmensa  
Con que su gefe Alaor  
Su noble vida desprecia.  
Hijo de Hasem, el cadí  
De aquella ciudad soberbia,  
Gobernador del castillo  
Cuya custodia le entregan,  
Con sus veinte y cinco años  
Y un alma grande y serena,

Despreciando la molicie,  
De los muros que le encierran  
Dejando el mando á su padre,  
Con su tropa aventurera,  
Nunca vuelve sin botin,  
Sin cautivas ó preseas.  
En el tiempo que decimos,  
Despues de una corta ausencia,  
Volvió Alaor, abrumado  
Por una afliccion acerba.  
No nacida de derrota  
En la última refriega,  
Sino hija de un amor  
Que su pecho enseñorea.  
Tuvo un encuentro, ó mas bien  
Una reñida pelea  
Con valientes nazarenos  
Á los que robó su prenda,  
Su prenda, hermosa cristiana  
De muy pocas primaveras,  
Tan pura, cual las huries  
Del Eden de su Profeta.  
Jamás en iguales casos  
Sintió Alaor la tormenta  
Que formó en su altivo pecho  
Aquella nueva belleza.  
Tierno y rendido, anheló  
Conquistarse sus ternezas  
No cual señor, como amante  
Que el alma mas bien desea,  
Y respetando su fé,  
Su desgracia y su modestia,  
Rodeóla de atenciones  
Aguardando que pidiera  
Ver al bravo triunfador  
Que era entonces su defensa.  
Así pasaron seis dias,  
Y nada á Alaor le muestra  
Que la bella á quien adora  
Su imájen grata recuerda,  
Ni que estima sus desvelos,  
Ni que su pasion advierta,  
Cuando ansiando descubrir  
Su mala ó propicia estrella,  
Á la estancia de la jóven  
Se dirige con presteza.

## II.

## LA CAUTIVA.

Sentada en rico divan  
De Persia, que recamado  
De mil preciosas labores  
Es de quien le mira pasmo,  
Se vé una rubia belleza  
De ojos hermosos y pardos  
Donde el dolor se retrata  
Con vivos y fuertes rasgos  
Apoyado en los cojines  
Tiene el torneado brazo,  
Y su dorado cabello  
En mil bucles ondulando,  
Cubre su espalda y sus hombros  
Y hasta su seno gallardo.  
Fogosa como española  
De sangre y origen claro,  
Ora aparece sumida  
En una mar de cuidados,  
Y lánguida, sola y triste,  
Lucha con afectos varios.  
Quién es pues esa beldad  
Cuya imájen contemplamos?  
Es del valiente Alaor  
El único encanto,  
Y su historia nos dirá  
De su pesar el arcano.

Alina, — así se llamaba  
Aquel esplendente astro, —  
Vió en la noble Tarragona  
Pasar sus primeros años.  
Caballero poderoso  
Era su padre, y privado

De una idolatrada esposa,  
Por mitigar sus quebrantos  
A una hermana confió  
La prenda de amores gratos.  
Con ella disfrutó Alina  
La edad de los sueños castos,  
Hasta que ya adolescente  
Partió con su padre anciano,  
Llenando de vida y luz  
De sus días el ocaso.  
Sensible, entusiasta, pura,  
Con un talento preclaro,  
Era un ángel en bondad,  
De virtudes un dechado:  
Supo que la parca fiera  
A su madre amenazando  
— Pues tal nombre merecía  
Quien guió sus leves pasos, —  
La impulsaba á que llamase  
Al ídolo de su halago,  
Y de gratitud llevada,  
Con servidores honrados,  
Partió allá, siendo al instante  
Presa de mahometanos.  
Al fulgor de los aceros  
Huyó el color de sus labios.  
Y rendida y desmayada  
En momentos tan aciagos,  
Cuando recobró el sentido  
Se halló cautiva en los lazos  
Que el harem de los musulimes  
Dá á las bellas por regalo.  
Cual seria en aquel trance  
Su dolor profundo, amargo,  
Al mirarse prisionera

De enemigos enconados!  
Así se debió esperar  
De su ardoroso entusiasmo,  
Mas no fué así, que misterios  
Hay en los pechos humanos,  
Incomprensibles al mundo  
Que no puede descifrarlos,  
Honda sima, que resiste  
Al que la sondea insano.  
Hay almas sensibles, ricas,  
De resorte delicado,  
De sublimes sensaciones  
Que con impulso contrario  
En lid abierta subsisten  
Con heroísmo bizarro  
Del corazon y la mente  
Sufriendo los choques vagos,  
La RAZON y las PASIONES  
Su dominio disputando,  
Ambas á dos destruyendo  
Sus dotes privilegiados.  
A estos pertenecía  
La hermosa Alina, y en tanto  
Que suspiraba Alaor  
De paz y de dicha falto,  
Ella que al volver en sí  
De su funesto desmayo  
Maldijo su negra suerte  
Al robador injuriando  
Agradecida despues  
A su generoso trato,

Sus palabras recordaba  
Con un placer nada escaso,  
Veíale cada instante  
Esbelto, arrogante, bravo,  
Fijar sus hermosos ojos  
Tan dulces y tan rasgados  
En ella, y al par volverlos  
Con noble furia, lanzando  
Tantas chispas sus pupilas  
Como su gumia rayos.  
Serenos ante los peligros  
Y á la vez apasionado  
Contemplábale la jóven  
Su tierno acento escuchando,  
Y olvidando sus temores  
Con su proceder, al cabo  
De algunas horas de lucha  
Perdonó su desacato.  
Así pasaron para ella  
Seis auroras sin descanso,  
Porque en su pecho inocente  
Desde aquel día lucharon  
Amor y deber, temiendo  
Ver al que tan crudo estrago  
Causara en su corazon  
Antes libre y ora esclavo.  
Así suspiraba ansiosa  
Cuando de amor abrasado,  
Entró Alaor, sus descos  
De esta manera espresando.

## III.

## LOS AMANTES.

— «Guárdete el cielo cristiana  
Dés que este suelo embelleces  
Nos ha indicado seis veces  
La oracion de la mañana  
El muetzlin, y todavía

No se ha escuchado tu acento  
Para espresar un tormento  
Que yo al punto calmara.  
¿Es el odio que te inspiró  
El que ha cerrado tus labios?



## IV.

## ARREPENTIMIENTO.

La estensa y fértil llanura  
 Que el viejo Idubeda baña  
 —Hoy Mijares— conocida  
 Con el nombre de la Plana,  
 Bordada de lindos pueblos,  
 Rica de cosechas varias,  
 En el tiempo que mentamos  
 Era muy menos poblada.  
 Su hoy capital Castellon  
 Que cual coqueta sultana  
 Ostenta florido manto  
 De mil villas agraciadas  
 Que le rinden en tributo  
 Sus flores, frutas y plantas,  
 Y perfumada con ellos  
 Hasta los cielos levanta  
 Su frente, porque contempla  
 La bóveda siempre clara;  
 No existía todavía,  
 Y en el sitio do se alza  
 Descollaban solamente  
 Bosques inmensos de palmas.  
 Reina entonces de este suelo  
 Elevábase Burriana,  
 Poblacion opaca ahora  
 Que recuerda mil hazañas,  
 Benicasim que á Oropesa  
 Hoy de Castellon separa

No estaba aun, y desierto  
 Todo el camino se hallaba  
 Desde el pueblo rico en oro (1)  
 Hasta la Burri africana (2),  
 Dejando al fuerte Sagunto  
 Y su vecina Almenara.  
 Solo al pueblo de Almanzor  
 Junto á Burri se miraba,  
 Y en soledad tan estensa  
 No es extraño que pasaran  
 Sin ser de nadie advertidos  
 Los que á Segorbe dejaban.  
 Locos y ciegos de amor,  
 Palpitantes de esperanza,  
 Nuestros bravos fugitivos  
 Despues de una larga marcha  
 Llegaron al promontorio  
 Que de Oropesa se llama,  
 Y en una torre que allí  
 Alzábase solitaria,  
 Con algunos siervos fieles,  
 Por guardarse de piratas,  
 En un éxtasis de amor  
 Confundieron sus dos almas.

Pocos años, mas felices,  
 Pasó allí la RENEGADA,  
 Si feliz es la existencia

(1) Es opinion histórica muy admitida, que en tiempo de la dominacion romana, los montes contiguos á Oropesa contenian muchas minas de oro, por lo que aquellos le llamaron á estas Oro-pesa.

(2) La tradicion dice que dos reinas moras Burri y Ana, le dieron el nombre á Burriana en la que residian.

En la que rudos batallan  
 Remordimientos y goces  
 Que perturban toda calma.  
 Cada vez que del placer  
 A sus labios acercaba  
 La copa, sobre sus bordes  
 Cual aterrador fantasma  
 De su crimen horroroso  
 La negra memoria infausta  
 Surjir veia, creyendo  
 Su sentencia decretada.  
 Solo cuando el fiel amante  
 En sus brazos la estrechaba,  
 Desvanecíase al punto  
 Del dolor la nube opaca  
 Y olvidando el porvenir,  
 Con tanta ventura ufana  
 Se adormecia al arrullo  
 De mil ilusiones gratas.  
 Mas venturoso Alaor  
 A dudas el alma estraña,  
 Sin culpas, que el porvenir  
 Con sus velos empañaran,  
 Tranquilo vivia, y ambos  
 Hermosos dias pasaban.

Así transcurrió algun tiempo,  
 Cuando una fresca mañana  
 De las que el Abril florido  
 Adorna con nuevas galas,  
 despues de asomar el sol  
 Dorando la estensa playa  
 Alina su faz de nieve  
 Dejó ver en su ventana.  
 Triste, distraida, sola,  
 El brillante panorama  
 Que ante los ojos tenia  
 En nada la cautivaba,  
 Porque ausente su Alaor,  
 Que desde que allí moraban  
 Con el gefe de Oropesa  
 Estrechando la alianza  
 Le seguia muchas veces  
 En sus empresas bizarras,  
 Era un bajel sin piloto  
 A merced de la borrasca.

Pasó el día zozobrosa  
 Y en la tarde regalada  
 Guardando la barquilla  
 Que á su amante trasportaba,  
 Vió con temor espantoso  
 Surcando las ondas bravas  
 Una embarcacion ligera  
 Que miró como corsaria.  
 Palpitante de terror,  
 Muda cual marmórea estatua,  
 Pues los piratas de Argel  
 Nunca á nadie perdonaban,  
 Juzgóse perdida Alina,  
 Y de la implacable parca  
 Creyó ver el fiero brazo  
 Suspendido en su garganta.  
 Pensó en Dios, mas el recuerdo  
 De su ofensa temeraria  
 Heló su voz, ahogando  
 De una oracion las palabras,  
 Mientras dando su vijia  
 El grito fatal de alarma,  
 Dispusieron la defensa  
 Cuantos siervos la cercaban.  
 Enviaron á su gefe  
 Un mensaje sin tardanza,  
 Y entre tanto los corsarios  
 Para guardar sus ventajas  
 Atacaban sin parar  
 A los impávidos guardas.  
 Pronto les cansó el arrojito  
 Con que sus flechas burlaban:  
 Y la órden de «al asalto»  
 Retumbó con furia insana.  
 Hízose así, y muy en breve  
 Se vió una cruda batalla  
 Cuerpo á cuerpo y hombre á hombre  
 En aquel sitio empeñada.  
 Defensores y enemigos  
 En medio de horribles ánsias,  
 Á los piés de la española  
 Daban fin á sus bravatas,  
 Y por mas que los primeros  
 La suplican que se vaya,  
 Ella inmóvil permanece  
 Pues solo la muerte aguarda.  
 Ya la hueste de los contrarios  
 Llegado habia á su estancia,

Pero cubria su cuerpo  
De esclavos una muralla  
Y tres fenecido habian,  
Cuando un grito de venganza  
Lanzado por Alaor  
Sonó fuera de la sala.  
Al encanto de su acento  
La jóven entusiasmada  
Corrió á su seno risueña  
Creyendo su vida salva,  
Cuando la hirió de improviso  
Flecha á sus siervos lanzada.  
Aunque algo lejos su amante,  
Ve cual vacila y desmaya,  
Y furioso como el tigre  
A quien sus hijuelos matan,  
Abriéndose una ancha senda  
Con su corva cimitarra  
Entre amigos y enemigos,  
Llega al lado de su amada  
Pálida ya y moribunda  
La antes ardiente cristiana,  
Sintió renacer su fé  
Cuando su vida faltaba,  
Y melancólica, bella,

Pero tambien resignada  
Le dijo al bravo agareno  
A quien el dolor quebranta.

— «Alaor, un justo Dios

Castiga mi apostasía,  
Acaso la muerte mia  
Sea vida de los dos.

Me arrepiento de la ofensa

Que contra él cometí,  
Y puede me salve á mí  
Porque es su bondad inmensa.

Yo creo y espero en él;

Cree tú tambien y espera,

Y podrás en otra esfera

Mostrarme tu afecto fiel.»

Cerráronse para siempre

Sus ojos dó amor brillara,

Y loco cayó Alaor

Junto á su prenda adorada.

## V.

## EL ANACORETA.

Oscura ya en su relato  
La tradicion que ofrecemos  
Nada nos dice, despues  
Del desenlace sangriento  
Que tuvo el amor de Alina

Muerta entre el guerrero estruendo.  
Parece, y es muy probable  
Para tomarlo por cierto,  
Que vencidos los piratas  
A favor de aquel refuerzo

Que trajo Alaor, sin gloria  
Y hasta sin botin huyeron.  
De este amante desgraciado  
Nada seguro sabemos,  
Mas la torre, es positivo  
Que despues de aquel suceso,  
Quedó abandonada y sola,  
Mientras el moro atendiendo  
Al consejo de su bella,  
Parece que con gran celo  
Se convirtió al cristianismo  
Viviendo de todo lejos  
En una gruta escondida  
Del poético Desierto  
De las Palmas, ocupado  
En ganar descanso eterno.  
Lo que hace mas probable  
Este aventurado aserto,  
Es la existencia de un monje  
En aquel remoto tiempo,  
A quien llamaban Bartolo  
Sus piadosos compañeros,  
Y que decia no obstante  
A quien deseaba saberlo  
Llamarse ántes Alaor,  
Y haber nacido agareno,  
Circunstancias que se avienen  
A nuestro triste mancebo.  
Como quiera que ello sea,  
Así podemos creerlo,  
Pues es probable que él  
De su ídolo al recuerdo  
Lo hiciera, y tambien pensar  
Que ella que en su fin postrero  
Arrepentida en el alma  
Se mostró, del Ser Supremo  
Amplio perdon lograria  
Por ser en bondad inmenso...  
De los padres de los dos  
Nada referir podemos,  
Pues nada la tradicion  
Nos añade sobre ellos,  
Pero es dable suponer  
Que el de Alina, descubriendo

La muerte de sus criados,  
Muerta juzgó á su embeleso,  
Pues nunca la persiguió  
Para hallar su paradero,  
Con lo que logró evitar  
Mil zozobras á su pecho.  
El viejo Hasem, mas feliz  
—Pues su hijo perdió menos—  
Debió saber su retiro  
Al alto cabo Tenebrio,  
Y respetando su amor  
Vivir libre de recelos.—

He aquí lo que la torre  
Nos revela de su seno;  
Hemos buscado la historia  
Del nombre que la ponemos  
Pero nada le añadimos  
A lo que refiere el pueblo.  
Solo al terminar la empresa  
De dolor el pecho lleno  
Una reflexion moral  
Espresará nuestro acento.  
Esta es que las pasiones  
En sus ardientes excesos  
Se ensañan mas con los seres  
De grande alma y esfuerzo.  
Y mayor es el combate  
Cuando mas fuerte el guerrero.  
Nosotros, como en el mundo  
A tales choques sujetos,  
En lugar de condenar  
Al mortal compadecemos  
Que en la dura alternativa  
De amor y deberes puesto,  
Por su pasion conducido  
Se subyuga á lo primero.  
Espantados sin embargo  
De los fatales efectos  
Que produce un frenesí  
Como este que aquí vemos,  
No dejaremos de obter  
Con filosófico empeño  
Mas por la palma del martir  
Que el triunfo del crimen ciego.

AMALIA FENOLLOSA.

Castellon de la Plana 14 de Marzo de 1881.